

4^a Se garantiza la seguridad de la persona y de la propiedad de todas las mencionadas en el artículo precedente.

5^a Las armas y parque se entregarán á esta Comandancia superior en esta capital.

Si Udes. no aprovechan esta ocasión, tendrán que atribuirse las consecuencias funestas para esta población.—Por orden, el Comandante superior del departamento, *Polach*.

Sr. Alcalde municipal.—Pahuatlán.—Es copia de la original que certifico. Huauchinango, Octubre 17 de 1866.—*Antonio Vargas*, Secretario.—Es copia que certifico. Tetela de Ocampo, 23 de Octubre de 1866.—*Esperón*, Secretario.

República Mexicana.—Comandancia militar de Pahuatlán.—Ha sido en mi poder la comunicación de Ud. de 16 del presente, y por ella quedo impuesto de que el General Chinclán ha llegado á esa ciudad con una columna de 1,800 franceses y de que Huauchinango ha sido, como Ud. dice, severamente castigado.

Sobre lo primero, diré á Ud., que al haber empuñado de nuevo las armas con los valientes que me siguen, para defender el estandarte sagrado de la Independencia y las instituciones de la República, no hemos tenido en cuenta el número de nuestros enemigos, á los que estamos dispuestos á batir en cualquier parte en que los encontremos.

Respecto á lo segundo, ha llegado á mi noticia la conducta bárbara observada en Huauchinango por las tropas del llamado imperio, que castigan en los edificios y en los ciudadanos inermes, el crimen de defender á su patria, y de no querer someterse á un gobierno que detestan. Pahuatlán está dispuesto á sufrir la misma suerte y Ud. tendrá la gloria, muy merecida, de enarbolar sobre las cenizas y escombros de esta Villa la bandera del imperio.

Puede Ud., cuando guste, dirigir sobre Pahuatlán sus numerosas fuerzas, seguro de que cada uno de los valientes que me honro en mandar, es ciudadano mexicano, comprende sus deberes y teme menos á la muerte que á la traición.

La clemencia del Gobierno Imperial de que Ud. habla, está patentizada en todos sus actos, y de ella tenemos una nueva prueba en los sucesos de Huauchinango.

Pahuatlán, 18 de Octubre de 1866.—*José María González*.—Sr. Comandante de Polach.—Tulaucingo.

Ejército Republicano.—Línea del Norte del Estado de Puebla.—Con fecha 17 del corriente me dice el Ciudadano Comandante militar y político de los distritos de Huauchinango y Pahuatlán, lo que en seguida copio:

«Pongo en el superior conocimiento de Ud. para que por su conducto se sirva hacerlo al Superior Gobierno del Estado, que las fuerzas imperiales en número de mil doscientos hombres, se hallan al frente de la plaza de Pahuatlán, pretendiendo ejercer sus salvajes instintos como lo ejecutaron en esta población.

Ya he tomado las providencias necesarias y mandado en auxilio de la plaza las fuerzas de Tlaculco, Huehuetla y Chila, dando orden al Jefe de las de Tenango para que auxilie á la plaza, y con los resultados daré á Ud. cuenta.»

Lo que tengo el honor de transcribir á Ud. para su superior conocimiento, avisándole dejar aprobadas las medidas que aquel Comandante Militar ha dictado, y previniéndole se ponga en perfecto acuerdo con el Comandante Militar en Zacatlán y el General Rodríguez Bocardo, para que ambos le auxilien en la defensa de Pahuatlán, si al fin fuere atacada.

Protesto á Ud. con este motivo las seguridades de mi aprecio.

Independencia y República. Tetela de Ocampo, Octubre 21 de 1866.—*J. N. Méndez*.—Ciudadano Gobernador del Estado de Puebla.—Zacapoaxtla.

La nunca desmentida actividad del General Díaz tuvo ocasión de hacerse patente otra vez más, frente á los muros de la ciudad de Oaxaca: aquella plaza fué por mucho tiempo Cuartel general, y como aunque había sido hollada por la planta del invasor, conservaba incólumes sus honrosas tradiciones de libertad y patriotismo, sentimientos que no se debilitaron ante la prueba dolorosa de su desgracia política, natural era que el General en Jefe de la línea de Oriente, pensara recuperarla, y natural fué por lo mismo la marcha emprendida de Miahuatlán á Oaxaca, tan pronto como se levantó el campo que los ejércitos beligerantes dejaron regado de cadáveres.

Los imperialistas, en honor de la verdad, lucharon con heroísmo hasta el último momento, á fin de no perder su patrimonio de infamias adquirido desde que la triste misión mexicana dobló la cerviz en Miramar al admirar

la *excelsa figura* del que los liberales llamamos filibustero imperial.

Oronoz, que entre los desleales á la patria ha conservado hasta el día la dignidad suficiente para no pedir un asiento en el banquete del triunfo, artilló los fuertes de la plaza é hizo una resistencia tenaz y decidida, tan desesperada, que si la columna austriaca que de México había salido en su auxilio logra derrotar á los republicanos, bien puede creerse, el triunfo de la patria hubiera visto alejarse en el porvenir el día de la justicia nacional.

Pero el General Díaz previó el suceso y opuso á la columna, toda la energía de su voluntad y toda la astucia de su carácter.

Cuando la avanzada de Figueroa le participó la aproximación de los austriacos, el General Díaz resolvió jugar el todo por el todo, y levantando el sitio puesto á la ciudad, salió al encuentro del enemigo con un arrojo de que apenas hay ejemplos en los legendarios espartanos.

El ejército republicano, mal alimentado y peor vestido, sin armas competentes para equiparse á los soldados europeos, hacía prodigios de valor para contrarrestar una fuerza que por razón natural debiera de haber triunfado, si el patriotismo no venciera, como realmente vencía, todas las dificultades que se oponían al logro de fines tan nobles y tan levantados.

Antes de entrar en los detalles de la reñida y sangrienta acción de "La Carbonera," y para hacerla figurar con todo su esplendor, conveniente es reproducir aquí una carta del General González, dirigida á nuestro Ministro en Washington, que pinta con mano maestra y vívidos colores la situación penosa del sufrido ejército republicano.

Los elementos que había cuando se fechó esa carta, eran los mismos con que el General Díaz contaba para entrar en combate; iguales eran también los sufrimientos y no menos entonces los sacrificios.

Léase con la atención que merece:

«Río Blanco, Abril 26 de 1866.—Sr. Ministro D. Matías Romero.—Muy Sr. mío de mi atención.—El General Escobedo ha mandado á Ud. varias cartas originales de algunos jefes, oficiales y soldados del ejército invasor que han sido interceptadas por nuestras guerrillas. Creyendo que convenga hacerlas llegar á conocimiento del pueblo francés que ha reconocido la justicia de nuestra causa, y censura la obstinación de Napoleón en seguir interviniendo en nuestros asuntos, he creído conveniente hacer á Ud. algunas reflexiones que aunque están al alcance de Ud., tienen más fuerza para los que estamos presenciando los hechos.

Son tantas y tan continuas las privaciones con que tienen que luchar los valientes que defienden con las armas la independencia del país, que si no les impeliera á ello un tan imperioso y sagrado deber, estoy seguro que muchísimos se retraerían y abandonarían completamente la empresa. Apoderados nuestros enemigos de casi todos los puertos y de varias de las ciudades principales, son muy escasas y casi ningunas las rentas de que podemos disponer. Nuestros soldados, pues, carecen de lo más preciso, y siempre se presentan al enemigo cuando inician un combate ó tienen necesidad de aceptarlo, pésimamente armados, mal municionados, con girones de abrigo por vestido y estenuados por la fatiga y la falta de alimento. La continua acción en que tienen necesidad de estar, no permite que se les instruya y discipline convenientemente, á la vez que sus contrarios tienen todo de sobra, y están pagados con puntualidad. De esta manera, nada tiene de extraño que algunas veces, masas de hombres mayores en número que las de los franceses, (aunque en verdad jamás, con la enorme diferencia con que se refiere en sus partes, siempre exagerados de una manera escandalosa) sucumban ó eviten el combate. Estoy seguro que el cuerpo de ejército que manda el General Escobedo, es de los mejor provistos, y ahora estamos contentísimos porque hemos podido vestir á la infantería con un pantalón ancho de *mantá* y una blusa del mismo género, y calzarla con sandalias.

Ahora mismo acaba de hacer una jornada, que sólo podemos creerla los que la hemos presenciado. El día 23 en la tarde, estando en la Hacienda de la Soledad, recibimos noticia de que Dupín con 350 ó 400 caballos, 200 y más infantes y 2 piezas de artillería, había llegado á la Villa del Dr. Arroyo, distante doce leguas, y á pesar de que temíamos que recibiera auxilio de Matehuala, el General

Espinosa resolvió salir á batirlo con 400 infantes que tenemos en ésta y cosa de 500 caballos, poniéndose de acuerdo con el General Aureliano Rivera. Nuestros infantes salieron á las cinco de la mañana del 23, después de tomar su desayuno, de «pinole, sin pan ó tortilla,» y sólo consiguieron agua á las tres de la tarde y á la vista y muy inmediato el enemigo. Este, con el orgullo propio de su Jefe, que manda una contra-guerrilla, á la que el llamado imperio le da una fama extraordinaria, no aguardó el ataque, sino antes bien, tomó él mismo la iniciativa, y lo hizo de una manera tan confiada y atrevida, que sus columnas de ataque de caballería rebasaron nuestra línea y casi la habían envuelto; pero nosotros á la vez tomamos también la iniciativa y muy pronto se les hizo retroceder, con pérdidas muy considerables. Creo firmemente que si no hubiera obscurecido y hubieran podido disponer los nuestros de una media hora más de luz, la derrota habría sido completa; pero en la noche habría sido muy imprudente maniobrar y emprender sobre el enemigo con nuestra fuerza. El General Espinosa, temiendo fundadamente que nuestros contrarios recibieran auxilio, ordenó la retirada que se hizo en el mejor orden; y he aquí á nuestros pobres infantes puestos en marcha de regreso para la Hacienda de la Soledad, en donde, á las cinco de la tarde del día siguiente, tomaron el único rancho que se les dió en toda esta penosa jornada.» Ya ve Ud. que estar sin comer más de cuarenta horas y andar veinticinco leguas, teniendo un reñido combate con un enemigo perfectamente armado, equipado y alimentado, no es fatiga nada común ni fácil de ser imitada por los orgullosos franceses. Después, ayer mismo, ha hecho jornada la infantería á este lugar, distante doce leguas, porque la Hacienda de la Soledad no proporciona al soldado lo necesario para su descanso.

Las cartas de los franceses, como Ud. debe suponer, están plagadas de errores, de apreciaciones muchas de ellas estúpidas y casi todas exageran admirablemente, pero están conformes en que no es posible restablecer la paz en México ni hacer efectiva la intervención sin un grande refuerzo de tropas francesas; y no faltan quienes tengan por impolítica é injustificable la tal intervención. Generalmente están descontentos: creen que esta campaña no les ofrece aliciente ni les dá gloria, y desesperan de consolidar el imperio, cuya misión también no les parece honrosa ni justa. La derrota que sufrieron tres compañías francesas el día 1º del pasado en Santa Isabel cerca de Parras, por la Brigada de caballería de este cuerpo de ejército, al mando del General Treviño y por las fuerzas de Coahuila, ha dado motivo á relaciones, fábulas é injurias que observará Ud. en todas esas cartas, que sin hablar de los 700 traidores que acompañaban á los 200 infantes franceses, tratan de hacer creer que éstos sólo combatieron contra cuatro ó cinco mil de los nuestros. El parte oficial de ellos se aproxima, aunque siempre dista mucho de la verdad, y en el que acompañará á Ud. el General Es-

cobedo, encontrará una relación exacta de lo acontecido. Cuando, rarísima vez, llega á caer prisionero uno de los nuestros, aun de la clase ínfima, sin ser decapitado, nosotros conservamos en prisión más de 70 franceses, lo que no impide que seamos bandidos y asesinos. Aquí, donde estoy escribiendo ésta, tengo á la vista los cuatro mejores edificios de esta Villa, incendiados por los franceses, en Diciembre del año anterior, sin más motivo que el pertenecer á ciudadanos que andan incorporados á nuestras fuerzas. La población toda fué saqueada, y rara es la casa en donde dejaron sin destruir algunos muebles. Así, y con el célebre decreto de 3 de Octubre, se nos hace la guerra, y se clama hasta el cielo pintando á nuestro país como bárbaro é incapaz de gobernarse, porque nosotros, careciendo de todo, tomamos víveres donde los encontramos, caballos, etc., é imponemos préstamos con la urgencia que exigen las circunstancias, y el deber de no abandonar una causa tan sagrada como la existencia misma de los pueblos. Es más honroso que perezca México, que no el que sucumba sin combatir hasta agotar todo su poder.

No tenemos noticias muy exactas del interior; pero los mismos periódicos de México nos anuncian que cada día encuentra más obstáculos el Imperio, porque aumentan las rebeliones en su contra y también porque el Clero ha dejado de prestarle la vigorosa cooperación con que al principio contribuyó. Ahora que tan fuertemente se está llamando la atención por estos Estados de Tamaulipas, Coahuila, Nuevo León y San Luis, se desahogará un poco el centro y nuestros hermanos quedarán expeditos para trabajar.

Nosotros permanecemos unidos y compactos: la cuestión presidencial pasó casi desapercibida, y seguimos obedeciendo al Gobierno del Sr. Juárez. Lo mismo ha sucedido en el interior: y este buen sentido lo han tenido también los periódicos liberales, que con tanto calor defienden nuestra causa en las mismas poblaciones ocupadas por el llamado Imperio.

Necesitamos armas y sobre todo sables para nuestra caballería. No es posible que uno de los nuestros armado con un mal fusil ó rifle, pueda competir con la caballería francesa ó austriaca, y aún la traidora, que toda está bien armada, montada y equipada. Sin embargo, no esquivan los nuestros el combate y varias veces han medido su armas con buen éxito. Si Ud. pudiere mandar algunos de esos artículos á este cuerpo de ejército, daría un fuerte impulso á la causa nacional.

Espero que Ud. reciba esta carta como la expresión de un mexicano que ama á su patria y desea que cuando se hable de ella en Europa, se tengan datos por los hombres rectos y justos para desmentir apreciaciones ligeras ó injuriosas hechas por personas que como Forey, tienen la tonta pretensión de ser conocedores del país que sólo han visitado con las armas en la mano y observado sus costumbres desde la tienda de campaña, ó la casa donde establecen su Cuartel general.

Soy de Ud., Sr. Romero, muy atento y seguro servidor.—(Firmado.) *Manuel González.*

Descrita con tanta habilidad nuestra situación, podrá juzgarse, en su vista, de lo honroso que fué para nuestras armas el triunfo de "La Carbonera:" el lector encontrará en seguida una relación exacta de los sucesos hecha por el General Escudero en los "Apuntes históricos," y á continuación, los partes oficiales y demás documentos que comprueban mi aserto, así como las listas de los que tuvieron la gloria imperecedera de pelear por la independencia del pueblo mexicano.

"La derrota del 3 de Octubre de 1866, sufrida por el Jefe imperialista Carlos Oronoz en Miahuatlán, había obligado á éste á replegarse á Oaxaca, y á abandonar la parte baja de la ciudad, concentrando el resto de sus fuerzas y las tropas que violentamente reclutó en Santo Domingo, el Carmen y el Cerro de la Soledad, llamado después el Fuerte de Zaragoza.

El General Porfirio Díaz permaneció en Miahuatlán dos días, reorganizando sus pequeños batallones que habían quedado destrozados en aquella espléndida, pero muy cara victoria, con que el héroe republicano había reivindicado el triste aniversario de la expedición de la sangrienta ley de 3 de Octubre.

Refundió los prisioneros de clase de tropa en la suya, y cambió gran parte del armamento de ésta, que era malo, con el que había quitado al enemigo, reparando sus municiones y estableciendo un Hospital para los numerosos heridos que hubo en aquella acción.

Solamente los imperialistas habían dejado tendidos en el campo ochenta heridos, que el General Díaz mandó recoger por su improvisada ambulancia.

El 6 de Octubre marchó el General con su División sobre Oaxaca estableciendo, luego que llegó á ésta, un cerco que tenía que ser débil, por la falta de artillería, pero que redujo á los sitiados á permanecer dentro de sus posiciones por el empuje de los republicanos.

Sin embargo, los imperialistas tenían aún alguna esperanza en su triunfo, aguardando que vendría de México alguna fuerza en su auxilio.

En efecto, el Imperio hacía sus últimos y más poderosos esfuerzos para conservarse. Maximiliano, fascinado con las promesas

del partido conservador y de los Jefes más célebres de la reacción, estaba resuelto á continuar la lucha, aun sin el ejército francés, cuya retirada era segura.

El Gobierno imperialista comenzaba á preocuparse seriamente de Porfirio Díaz, de aquel audaz patricio, que después de haber mandado durante muchos años tropas regulares, supo hacerse guerrillero, y con masas de gente sin armas y sin disciplina, unas veces vencido y otras vencedor, fué ocupando todo el extenso territorio de Oaxaca hasta asediar esta ciudad.

Creyeron por lo tanto los imperialistas que era preciso batir á los republicanos de Oaxaca y salvar á Oronoz, que estaba seriamente amenazado y debía sucumbir, é hicieron marchar violentamente de México una columna de 1,500 hombres de las tres armas, compuesta en su mayor parte de austriacos. Esta noticia, á la vez que alentó á las fuerzas imperiales, puso en una situación verdaderamente difícil al General Díaz, porque si llegaba á aproximarse aquel poderoso refuerzo, las tropas republicanas, tan mal é incompletamente armadas, tan escasamente municionadas y tan imperfectamente organizadas, indudablemente serían vencidas ó se verían en la necesidad de retirarse.

Y en uno ú otro caso se perdían las conquistas con tanto sacrificio alcanzadas, y se retardaría por un tiempo indefinido el triunfo de la República.

Levantar el sitio ante la imposibilidad de ocupar las posiciones enemigas no cabía en el carácter enérgico del General Díaz, á quien las dificultades no eran sino un estímulo más para su genio. Los grandes corazones se templan ante el peligro, y sobreponiéndose á él, lo superan y lo vencen.

Porfirio Díaz concibió en el acto un plan audacísimo, como él solo podía idearlo y sobre todo ejecutarlo: vamos á seguir uno á uno sus movimientos, con la rapidez con que los hizo.

Simultáneamente casi supo el General Díaz que el auxilio austriaco avanzaba por el camino de las Mixtecas, á la vez que por el de la Cañada venía el General republicano Figueroa con la Brigada de su mando, que había sido llamado para que se incorporara al Cuartel general.

Era pues de temerse que estas dos fuerzas marchando en las dos líneas de un ángulo se encontraran, y que la republicana fuese batida en detall.

Las tropas que mandaba el General Figueroa no sólo eran inferiores en número á la columna austriaca, sino que estaban muy mal armadas, tenían poca disciplina y ningún uniforme. Eran los pueblos de indígenas levantados á la voz del patriotismo contra el extranjero, y que marchaban armados muchos de ellos sólo con gruesos bastones de viaje.

Aquel incidente venía á complicar mucho más la situación del Ejército republicano, porque si Figueroa sufría una derrota, seme-

jante pérdida influiría en la moral de toda la división, á la vez que los imperialistas de Oaxaca, con tan importante refuerzo de tropas extranjeras, podían tomar ya ventajosamente la iniciativa.

Pero en el mismo peligro encontró el General Díaz la idea salvadora que debía darle el más brillante de sus triunfos.

Reuniendo Porfirio á todos sus Jefes, les dió la orden de que prepararan sus tropas para dar un asalto decisivo al Fuerte de la Soledad.

Mandó concentrar las fuerzas distribuidas en toda la línea ocupada, preparar las escalas que servían para el alumbrado de la ciudad, y aproximarlas al acantilado del cerro, y encargó, sobre todo, una profunda reserva acerca del ataque que iba á darse.

Porfirio, tan profundo conocedor del corazón humano, sabía que la mejor manera de hacer propalar una noticia es darla bajo la condición del secreto.

En efecto, á las pocas horas se supo en todo el campamento que iba á asaltarse el cerro de la Soledad, que dominaba los demás puntos ocupados por los imperialistas.

Y éstos pronto comprendieron lo que se preparaba y se encerraron en sus posiciones, acopiando todos los medios posibles para su defensa.

Ya algo entrada la noche, los Jefes de las líneas se presentaron al General en Jefe para tomar órdenes. Entre aquellos iba Félix Díaz, el valiente hermano de Porfirio, tan sereno en el combate, tan subordinado á aquel y tan cobardemente asesinado después.

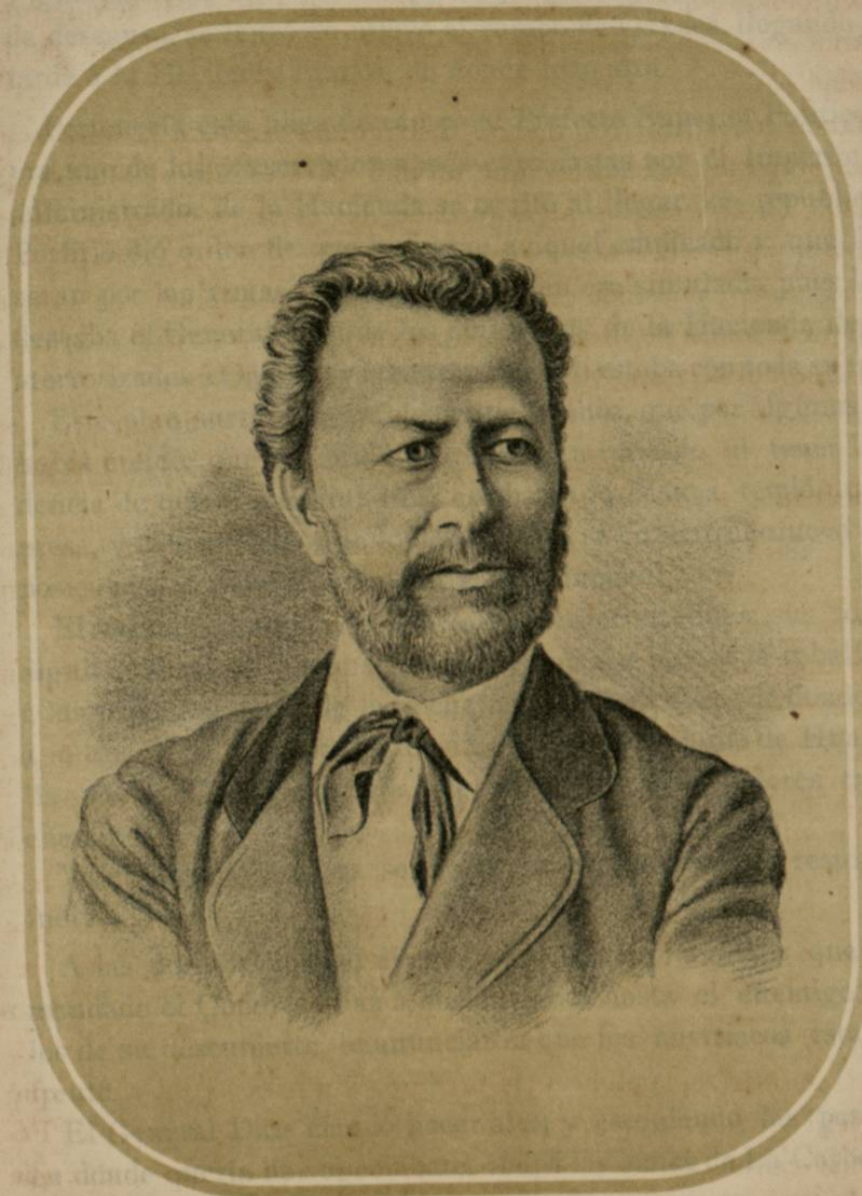
Preguntó Porfirio á su hermano si ya había retirado todos los soldados que tenía á sus órdenes. Félix le contestó que todos, menos unos pocos que había dejado esparcidos en las manzanas que con tanto esfuerzo y tanto trabajo habían conquistado, que no quería abandonar, y que desde las troneras de las casas podían tirotear al enemigo y ocuparlo durante el asalto de la Soledad.

El General Díaz entonces le previno, sin más explicación, que recogiera también aquellos tiradores y los uniera á su cuerpo. Félix Díaz comprendió que se trataba de algún plan más audaz que de un asalto, y obedeciendo sin observación alguna, personalmente fué á hacer la operación que se le ordenaba.

Cuando todas las tropas estaban formadas, en medio de la obscuridad más profunda, Porfirio dió la orden de marcha, y en un silencio tan absoluto que no lo sintieron los sitiadores, la División se alejó de la ciudad, caminando toda la noche, en marcha acelerada.

Estos sucesos tenían lugar la noche del 16 de Octubre y el día 17 llegaba el General Díaz con su División á San Juan del Estado, á donde se le unió Figueroa.

Entretanto los sitiados, durante las primeras horas de la mañana, ignoraron el alejamiento de los republicanos, manteniéndose encerrados en su posiciones y aguardando de un momento á otro ser atacados. Pero se animó al fin Oronoz á hacer un reconocimien-



TENIENTE CORONEL
TIBURCIO MONTIEL.
1863-1867.